

Salmos diarios, Ciclo II, Año Par. Explicados

VII Semana del Tiempo Ordinario

Miércoles

Salmo 48

El salmo 48 es un poema de sabiduría sobre la vanidad de las riquezas y la brevedad de la vida. En el contexto del salmo, *rico* viene a ser sinónimo de impío, y *pobre* equivalente a justo. Se trata de una de las tentaciones constantes de la humanidad: aferrándose al dinero, al que se considera dotado de una fuerza invencible, los hombres se engañan creyendo que pueden «comprar también la muerte», alejándola de sí.

Ha pasado ya un nuevo día de nuestra vida, y como él terminará también nuestro vivir en la tierra. ¿Por qué, pues, temer tanto ante males que sólo duran un instante? *¿Por qué habré de temer los días aciagos?*, se pregunta el salmista; y ¿por qué esperar tanto de nosotros mismos y desesperar ante nuestros fracasos, *si nadie puede salvarse a sí mismo?*

Pero la sabiduría a que nos exhorta el salmista no es una sabiduría sólo negativa. *Los días aciagos* terminarán, como termina la vida terrena de *los sabios* y de *los ignorantes* y como desaparecerán un día *las riquezas* y todos los planes de *los hombres satisfechos y confiados* en sí mismos. Pero hay una salvación que no desaparecerá -que el salmista sólo entrevé, pero que nosotros conocemos ya totalmente por la revelación de Jesucristo-, porque, si bien es verdad que *el hombre de por sí es como un animal que perece, que irá a reunirse en el sepulcro con sus antepasados*, este mismo hombre *será salvado por Dios de las garras del Abismo* y el Señor *le llevará consigo*. Ésta es la esperanza cristiana, capaz de superar todo pesimismo humano.

Consecuencia de esta doctrina es que no se debe tener envidia del que prospera en esta vida, pues sus riquezas no le servirán para después de la muerte, y más bien acelerarán el fin del que las posee si no vive según la ley divina (v. 18). Jesús dirigirá a sus oyentes esta pregunta inquietante: "¿Qué puede dar el hombre a cambio de su vida?" (Mt 16,26). Ningún cambio es posible, porque la vida es don de Dios, que "tiene en su mano el alma de todo ser viviente y el soplo de toda carne de hombre" (Jb 12,10).

Señor Dios, fuente y origen de toda sabiduría, haz que nuestra boca hable sabiamente y que sean sensatas nuestras reflexiones: que, iluminados por tu palabra, no temamos los días aciagos ni envidiemos al hombre que se enriquece y aumenta el fasto de su casa; que nuestra paz sea saber que tú nos salvas, nos

sacas de las garras del Abismo y nos llevas contigo para que contigo vivamos, por los siglos de los siglos. Amén.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasoledad.org/> (Con permiso a homiletica.org)